

Arte poética

A Charles Morice.

Música ante todo,
y para ello prefiere el verso Imparisílabo
más vago y más soluble en el aire,
sin nada en él que pese o que pose.

Es necesario además que no vayas
eligiendo tus palabras sin algún equívoco:
nada más apreciado que la canción gris
donde lo Indeciso se une a lo Preciso.

¡Es como unos bellos ojos tras unos velos,
es como la temblorosa luz meridiana,
es, en un cielo de tibio otoño,
como el azul enmarañado de claras estrellas!

Porque el matiz seguimos queriendo,
no el color, ¡solo el matiz!
¡Solo el matiz enlaza
el sueño con el sueño y la flauta con el cuerno!

¡Huye lo más lejos de la Pulla asesina,
la Gracia cruel y la Risa impura,
que hacen llorar los ojos del Azul,
y de todo ese ajo de mala cocina!

¡Coge la elocuencia y retuércele el cuello!
Harás bien, con enérgico impulso,
en hacer la Rima un poco más sensata.
Si no velamos por ello, ¿hasta dónde irá?

¡Oh! ¿quién dirá los males de la Rima?
¿Qué niño sordo o qué esclavo demente
forjó para nosotros esa baratija
que suena a hueco y a falso bajo la lima?

¡Música, una vez más, y siempre música!
Que tu verso sea ese algo elevado
que sentimos escaparse de un alma en marcha
hacia otros cielos, a otros amores.

Que tu verso sea la buenaventura
esparcida en el crispado viento de la mañana
que va oliendo a menta y a tomillo...
Y todo lo demás es literatura.

Antaño y hogaño



Limbos

La imaginación, reina,
mantiene sus alas extendidas,
pero el vestido que arrastra
tiene torpezas extremas.

Mientras tanto el Pensamiento,
mariposa, alza el vuelo y vuela,
rosa y negro claro, lanzado
fuera de la cabeza frívola.

La imaginación, asentada
en su trono, ¡esa ilustre silla!,
asiste, como indecisa,
a todo ese presto ajeteo,

y la mariposa se desboca,
sube y baja, se cierne y gira:
diríase en un naufragio
vuelcos del navío.

La reina llora de alegría
y de pena también, por culpa
de su corazón ahogado por el llanto,
y nada de ello entiende.

Psique Segunda, con todo, se cansa.
Su vuelo es como la mano aminorada
que cien juegos de magia
hicieron temblorosa.

¡Lástima, he aquí la agonía!
¿Quién lo hubiera pensado?
Y mientras que, buen genio
lleno de una suavidad láctea,

el bicho celeste
acaba palpitando en el suelo,
¡la imaginación¹ permanece
en su gloria solitaria!

Paralelamente





Al Señor Borély.

Usted me pidió algunos versos sobre *Amor*,
ese libro mío, de emociones crueles y de desamparo,
lejos ya en mi Obra extraña que se acelera
y rueda, flujo más amargo día a día.

Qué decir, sino: «¡Poor Yorick!» o mejor
«¡Poor Lelian!» y pobre alma buena para todo, debilidad,
indolencia algunas veces, y caricia y pereza,
o partida de pronto a la guerra como para

romperlo todo de un pasado tan puro, tan castamente
ordenado por la belleza de los pensamientos sosegados,
y para sancionar tantas horas derrochadas en Dios.

Después vuelve, mi Obra, cansada de tal afán,
penitente, y cayendo de rodillas, las manos alzadas...
¡Rezad con y para el pobre Lelian!



Felicidad



Escuchad la canción tan suave
que solo llora para agradaros.
Es discreta, es ligera:
¡un murmullo del agua sobre el musgo!

La voz os fue conocida (y ¿querida?),
pero ahora está velada
como una viuda desolada
aunque aún digna como ella,

y en los largos pliegues de su velo
que palpita con las brisas de otoño,
oculta y muestra al corazón que se extraña
la verdad como una estrella.

Ella dice, la voz reconocida,
que la bondad es nuestra vida,
que del odio y de la envidia
nada queda, llegada la muerte.

Habla también de la gloria
de ser sencillo sin esperar más,
y de bodas de oro y de la tierna
dicha de una paz sin victoria.

Acoged a la voz que persiste
en su cándido epitalamio.
¡Venga, nada es mejor para el alma
que hacerse un alma menos triste!

Está apenada y de paso,
el alma que sufre sin ira,
y ¡qué clara es su moral!...
Escuchad la canción tan sabia.

Sabiduría





Ve, canción, vuela a toda prisa
a su encuentro, y dile
sin falta que en mi corazón fiel
un rayo feliz ha brillado,

disipando, luz santa,
esas tinieblas del amor:
desconfianza, duda, miedo,
¡y que he aquí el gran día!

Durante tiempo miedosa y muda,
¿oís?, la alegría,
como una alondra vivaz,
en el cielo claro ha cantado.

Ve pues, canción ingenua,
y que, sin ningún vano pesar,
sea bienvenida
la que regresa por fin.

La Buena Canción

Nevermore

Recuerdo, recuerdo, ¿qué quieres de mí? El otoño
hacía volar al tordo a través del aire sin vigor,
y el sol arrojaba un rayo monótono
al bosque ya amarilleando donde resuena el cierzo.

Estábamos a solas y caminábamos soñando,
ella y yo, cabellos y pensamientos al viento.
De pronto, volviendo hacia mí su mirada entrañable:
«¿cuál fue tu día más hermoso?», dijo su voz de oro vivo,

su voz suave y sonora, de fresco timbre angelical.
Una sonrisa discreta le dio la réplica,
y besé su mano blanca, con devoción.

—¡Ah! las primeras flores, ¡qué perfumadas son!
¡y cómo suena con un murmullo encantador
el primer *sí* que sale de los labios amados!

Melancholia en Poemas saturninos



Toda la gracia y todos los matices
en el tierno esplendor de sus dieciséis años,
ella tiene el candor de la infancia
y las mañas inocentes.

Sus ojos, que son ojos de ángel,
saben sin embargo, sin pensarlo,
despertar el deseo extraño
de un beso inmaterial.

Y su mano, pequeña hasta tal punto
que un pájaro mosca en ella no cabría,
cautiva, sin esperanza de fuga,
al corazón atrapado por ella en secreto.

En ella la inteligencia acude
en ayuda del alma noble; es
tan pura como espiritual:
¡lo que ha dicho, era necesario!

Y si la necedad le divierte
y la hace reír sin piedad,
sería, si fuera ella la musa,
clemente hasta la amistad,

hasta el amor —¿quién sabe? tal vez,
respecto a un poeta prendado
que mendigara bajo su ventana,
¡el muy atrevido!, un digno premio

por su canción ¡buena o mala!,
pero que atestigüe sinceramente,
sin nota falsa y sin fruslería,
el tierno mal que sufrimos cuando amamos.

La Buena Canción



Canción de otoño

Los largos sollozos
de los violines
 del otoño
hieren mi corazón
con un langor
 monótono.

Sofocado
y lívido, cuando
 llega la hora,
recuerdo
los días pasados
 y lloro;

y me marchó
al mal viento
 que me lleva
de aquí para allá,
como a
 hoja muerta.

Paisajes tristes en Poemas saturninos